

TEMA 1: CONSAGRACIÓN BAUTISMAL

LOS FIELES LAICOS CRISTIANOS

Comienza bien el capítulo primero (n. 1) genérico que engloba a todos los bautizados (sacerdotes, religiosos y laicos) y deja en claro que todos gozamos de la misma dignidad por pertenecer, en calidad de miembros vivos y activos, al mismo Pueblo de Dios convocado en la unidad del padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Pregona la vocación universal a la santidad cristiana: todos estamos llamados a la santidad, es decir a la participación de la naturaleza divina del sólo Santo y tres veces Santo y que es precisamente lo que nos hace “realmente santos” (LG 40); y responder libremente a esa vocación.

Evoca aquel otro pasaje paulino: “no hemos recibido un espíritu de esclavos para volver al temor, sino el Espíritu que nos hace hijos y nos mueve a llamar a Dios: Abba... Pero, salvados sólo en esperanza, caminamos todavía en oscuridad de la fe (2 Cor 5, 6) y aunque se nos ha dado ya ese Espíritu como anticipo y prenda de lo que tendremos después, seguimos gimiendo con toda la creación que, angustiada, espere ser liberada de la corrupción que pesa sobre ella por causa del hombre, para llegar a compartir la libertad y la gloria de los hijos de Dios” (Rm 8, 14-21).

· Textos iluminador: “Todos sois hijos de Dios por la Fe en Cristo Jesús; todos fuisteis bautizados en Cristo y revestidos de Él. Ya no hay judío o griego, esclavo o libre, varón o mujer; pues todos sois una misma cosa en Cristo Jesús” (Gal 3, 28; Ver Rom 8 y Gal 4 y 5; 1 Cor 12).

· Textos del magisterio: “la vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación también al Apostodado. Así como en el conjunto de un organismo no hay miembros que se comportan en la actividad del cuerpo, de igual manera en el Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, todo el cuerpo crece según la operación propia de cada uno de sus miembros. No sólo esto. Es tan estrecha la conexión y también de los miembros en este Cuerpo, que el miembro que no contribuye según su propia capacidad al desarrollo del cuerpo, debe reputarse como inútil para la Iglesia y para sí mismo.

Hay en la Iglesia diversidad de ministerios, pero unidad de misión. Los seculares, por su parte, al haber recibido participación en el ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les atañe en la Misión total del Pueblo de Dios, saturando de espíritu evangélico el orden temporal (AA 2). Ver Identidad en el PVLТ.

· NOTAS GENERALES

1) Ejercicio: después del análisis de cada número o de cada Apartado convendrá releer el texto o textos explanados, para ver si todo queda claro. Los Cuestionarios ayudarán a comprobarlo.

2) Preguntas clásicas: hay una serie de preguntas que sirven en todo momento para dilucidar tanto los “escritos” como los “hechos de vida”.

- ¿Quién? (Sujeto: quién habla, cuenta, actúa);
- ¿Qué? (Complemento directo: qué dice, hace. Etc.);
- ¿A quién? (Complem. Indirecto: a quién se dirige);
- ¿Dónde? (Lugar: descripción del entorno);
- ¿Cuándo? (Tiempo: hace años, ayer, hoy);

- ¿En qué circunstancias? (Ambiente histórico);
- ¿Con qué auxilios? (Medios para conseguirlo);
- ¿Por qué? (Causas o motivaciones);
- ¿Para qué? (Finalidad: a dónde se quiere ir);
- ¿Con qué consecuencias? (Ver los efectos posibles o previsibles si se ponen tales causas);
- ¿Cual? (Opciones: elegir entre varias opiniones, soluciones, personas, medios, objetivos...).

Esta serie de preguntas sirven en todos los ejercicios o relecturas. Echar mano de ellas oportunamente.

2. TIPOS DE CONSAGRACIÓN

El PVLTL, en su habitual frío laconismo, va insinuando aquí y allá dos tipos de “consagración”.

- a) la batismal, común a todos los fieles cristianos;
- b) la peculia, propia de los seguidores de san Juan de Mata o trinitarios.

Ya en la Introducción, el Apartado sobre la Identidad del laico trinitario adelantaba:

“los laicos trinitarios, incorporados a Cristo por el bautismo, participan en su función sacerdotal, profética y real (común consagración bautismal) y se consagran de forma peculia a la Santísima Trinidad.

En el n. 2 (que bien podría ser el 4 en orden lógico) explicita con nitidez la vocación-misión específica del laico trinitario en la Iglesia y en el mundo:

“Nosotros, los laicos trinitarios, consagrados, por nuestra peculiar vocación, a la Trinidad, queremos seguir a Cristo (principalmente en cuanto): Revelador del verdadero Nombre de Dios; Glorificador del Padre; y Redentor del hombre”.

Tres facetas de la rica personalidad de Cristo, a quien tratamos de seguir e imitar, y en que cuanto trinitarios procuramos destacar preferentemente, impulsados por el propio carisma del Espíritu (VER: Espiritualidades).

En el n. 3 (que lógica y pedagógicamente podría haber ocupado el puesto segundo en continuidad con lo genérico del n. 1 y especificándolo) se afirma con fuerza que la “secularidad” es la propia y peculiar índole de este concreto estado de vida en el mundo. En el cual desde el cual, **“como fieles laicos proponemos vivir cada vez más conscientemente la novedad cristiana por la cual (todos los bautizados) somos hijos en el Hijo, un solo Cuerpo en Cristo y templos vivos del Espíritu Santo”** (Común consagración bautismal a la Trinidad). **“Y en cuanto trinitarios nos comprometemos a testimoniar el espíritu del Evangelio según el carisma trinitario en la Iglesia y en el mundo”.** (Consagración peculia a la SS. Trinidad).

“Testimoniar el espíritu del Evangelio (seguimiento de Cristo) según el carisma trinitario”... Ésta es la cuestión.

En el n. 5 (que bien podía ocupar el puesto 3, siguiendo lo genérico del 1 y 3 actuales) se indica la necesidad de conseguir la unidad entre Fe y vida cotidiana y de tomar conciencia de que la santidad cristiana no es posible sin un compromiso de solidaridad con los pobres y marginados, en los cuales servimos al mismo Cristo.

AVANCE DOCTRINAL:

El carisma trinitario es la manera concreta que tiene el trinitario de vivir las comunes exigencias del bautismo (novedad cristiana); de practicar el Mandamiento universal del amor a Dios y al prójimo; y de seguir a Cristo por los caminos del evangelio, según el don recibido, es decir, haciendo resaltar algunas de sus infinitas cualidades, como queda dicho en el n. 2. Es una de tantas maneras de seguir a Cristo en la Iglesia.

El laico trinitario ya no tendrá otro modo de ser cristiano ni acertará a obrar en cristiano como no sea “trinitariamente”. El blanco, rojo y azul son para él algo más que simples colores. Simbolizan el Ideal de su vida: sus amores.

El Emblema trinitario
es la cruz de tres colores;
guarda y cifra sus amores
cual reliquia en relicario.
Sintiéndose solitario
con toda la humanidad,
da gloria a la Trinidad;
y con Cristo Redentor
da la vida por amor
y al cautivo libertad.

Los “colores” son como los cristales graduados a su capacidad visual y con ellos mira y ve a Dios, al hombre, a la Iglesia y al mundo. Por todo esto, el párrafo del PVLTL está muy logrado:

“En cuanto laicos trinitarios nos comprometemos a testimoniar el espíritu del evangelio según el carisma trinitario en la Iglesia y en el mundo”. Es su modo de ser y no tiene otro. Por eso capta a Dios y al hombre de esa forma, y obra en consecuencia. El obrar sigue al ser. El así: tricolor. Como dice el Himno a san Juan de Mata: “tricolor bander nuestra corazón”.

3. LA COMÚN CONSAGRACIÓN BAUTISMAL

“Consagración”: santificación, divinización, bendición, dedicación, separación de un cierto uso para reservarlo a otros, entrega, oblación.

“Consagrar” en sentido bíblico (que es el que ahora nos interesa) significa: santificar, es decir, hacer santo a otro; separar una cosa (cáliz, altar, pan y vino, templo) o una persona (sacerdote, profeta, rey) del uso común (profano) para reservarlas en exclusiva al culto o servicio divino (sacro, sagrado).

A partir de esa “separación intencionada” o “bendición consecratoria”, cosas y personas dan un cambio y pasan a ser: “sacer-dos”: sagrada dote, posesión y pertenencia de Dios, bien sea en el ministerio profético, en la dedicación al culto litúrgico, o en el regir el Pueblo según Dios. Las tres funciones mesiánicas.

Un malentendido bastante generalizado: “cuando el sacerdote consagra el pan”; “voy a consagrarme a Dios”... No es que sea falso, pero no es exacto, aunque se pueda entender correctamente. Únicamente Dios, el solo Santo, puede santificar y obrar semejante cambio. Por eso, es el Padre quien consagra, o nos consagra en Cristo por el poder de su Espíritu. Nosotros acogemos su invitación y nos dejamos hacer, como María: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. “Los que se dejan conducir por el Espíritu de Dios, se convierten en hijos de Dios” (Rom 8, 14).

La fórmula antiquísima (Mt 28, 19 lo atestigua): “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, significó originariamente: quedas consagrado al Padre en el Hijo por el Espíritu Santo. Quedas “separado” del uso profano (del “hombre veyo” y del “mundo”) para dedicarte enteramente a Dios.

Pedro y Pablo utilizan la metáfora del esclavo-redempto, es decir, comprado con dinero por un señor: “Ya no te pertenesces, has sido comprado a un precio, no con un rescate de oro o plata, sino con la Sangre preciosa del Cordero sinmancha” (1 Cor 6, 19-20; 1 Ped 1, 18-19).

La Teología de la gratuidad de Dios (más que calculadora de nuestros méritos) debe impregnar toda “experiencia de vida cristiana” si quiere ufanarse de tal. Es Dios Uno y Trino quien toma siempre la iniciativa: “no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó primero” (1 Jn 4, 10); “no me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os envié” (Jn 15, 16); “mientras oraban, el Espíritu Santo les dijo: separadme a Bernabé y a saulo, y enviadlos a realizar la misión para que yo los llamado y destinado. Les impulsieron las manos y los enviaron” (Hec 13, 2).

Riesumiendo: el Padre nos llama en Cristo (Vocación), ungiéndonos con la fuerza de su Espíritu (Elección-consagración-separación-destinación) para enviarnos (Misión) a continuar en el mundo (Seglaridad) el Plan Redentor de la Trinidad: “La Iglesia ha nacido con esta finalidad: propagar el Reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre; hacer a todos los hombres partícipes de la Redención salvadora; y por medio de ellos ordenar realmente el universo hacia Cristo. Esta actividad se llama: Apostolado; el cual la Iglesia lo ejercita con la ayuda de todos sus miembros, aunque de diversas maneras. Porque en la Iglesia hay diversidad de ministerios pero unidad de Misión. Los laicos, al haber recibido participación en el ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen en la Iglesia y en el mundo la parte que les pertenece en esa Misión (LG 33; AA 2 y 3; Ch.F.L. 32).

4. CONSAGRACIÓN – TIPO DE JESÚS

Para poder entender correctamente tanto la común consagración bautismal como la peculiar trinitaria, con todo lo que ellas comportan, es necesario considerar antes la Consagración-Tipo, modelo de toda otra consagración. De aquí derivaremos las consecuencias y aplicaciones prácticas.

La consagración de Jesús de Nazaret tiene tres momentos cumbre

a) La Encarnación del Hijo de Dios

El Verbo eterno, que estaba junto a Dios y era Dios, se hizo hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de María Virgen. Le pusieron por nombre Jesús (Dios salva) porque salvaría a su pueblo de todos los pecados. La naturaleza humana de Jesús, asumida por la Persona Divina del Hijo del Padre, era “consegurada”, divinizada. Dios se acerca, se hace hombre y el hombre se hace Dios.

La Iglesia reunida en Concilio afirma: “En Jesús de Nazaret, la naturaleza humana, asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios, con su Encarnación se ha unido, en cierto modo, con cada hombre” (GS 22). El Hijo se encarnó para reconciliarnos con el Padre, haciéndonos partícipes de la naturaleza divina y, por lo mismo, “realmente santos”, santificados por Dios-Trinidad, consagrados para la Trinidad.

b) El bautismo en el Jordán (Mesías)

“Vino Jesús al Jordán para ser bautizado por Juan. Pero Juan se oponía: Soy yo quien necesita tu bautismo, primo, ¿y me pides que yo te bautice? Jesús respondió: déjame hacer, es preciso que cumplamos lo ordenado por Dios. Entonces Juan aceptó. Una vez bautizado se abrió el cielo y descendió el Espíritu en forma de paloma, mientras se oía la voz del Padre: “Este es mi Hijo, el Amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias” (Mt 3, 13-17). “Y Juan daba este testimonio: he visto bajar del cielo al Espíritu en forma de paloma y posarse sobre Él. Yo no lo conocía, pero Dios que me envió a bautizar con agua me dijo también: verás al Espíritu bajar sobre Aquel que ha de bautizar con Espíritu santo y se quedará en él. ¡Y yo lo he visto! Por eso puedo afirmar que éste es el elegido de Dios” (Jn 1, 32-34).

Ungido (Cristós en griego, Mesías en arameo) es sinónimo de Elegido, Consagrado. Y aquí comenzaba su Vida pública o Misión de Profeta. San Pedro, después de Pentecostés asegura: “Dios ungió a Jesús de Nazaret con la fuerza del Espíritu Santo comunicándole su poder. Él pasó haciendo el bien y librando a cuantos se encontraban esclavizados por el mal, porque Dios estaba con Él” (Hec 10, 38).

Cada bautizado puede escuchar como dirigidas a él: “Tú eres mi hijo muy querido en quien tengo puestas mis esperanzas”. Y la respuesta debería ser la de Cristo, los profetas o Pablo: ¿“Qué quieras,

Señor, de mí”? “Aquí estoy para hacer tu Voluntad” (Hebr 10, 7).

c) Muerte y Resurrección de Jesús

“Uno de la Trinidad padeció”, afirma con los Santos Padres el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica: “El que ha sido crucificado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, es verdadero Dios, Señor de la gloria y un de la Trinidad. Todo en la humanidad de Jesucristo debe ser atribuido a su Persona Divina como a su propio y único Sujeto.

“Oh Cristo Dios

que por tu muerte has aplastado la muerte,

que eres uno de la Trinidad,

glorificado por el Padre y el Santo Espíritu,

sálvanos” (CIC 468-69).

Jesús durante su permanencia entre nosotros, “se vivió” como Sacrificio, en Ofrenda al Padre y a los hombres: “Tú no quisiste sacrificios ni holocaustos por los pecados; por eso me has formado un cuerpo. Yo dije: “Aquí estoy para hacer tu Voluntad”. Con esto Cristo anuló el Antiguo Pacto y estableció la Nueva Alianza sellada en su sangre. En efecto, cuando Cristo sacrificó su propia persona, de una vez para siempre, nosotros llegamos a ser santos por el Plan del padre” (Heb 10, 4-10). Nosotros hijos en el Hijo, compartimos su muerte y resurrección: “Pues si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos está en vosotros, el que resucitó a Cristo dará también a nuestros cuerpos mortales, y lo hará por medio del espíritu que habita en vosotros” (Rm 8, 11-18).

“Sin derramamiento de sangre no hay redención” (Hb 9, 22); sin una previa muerte no es posible la resurrección; sin humillación no se da la exaltación. Por la cruz a la luz: “Qué duros de entenderas sois y cuánto os cuesta creer todo lo que ya anunciaron los profetas: que el Mesías tenía que padecer todo esto y así entrar en su gloria” (Lc 24, 25-26); San Pablo deduce: “tened los mismos sentimientos de Cristo Jesús, que siendo de condición divina, no hizo alarde de su rango, sino que se rebajó hasta anonadarse y hacerse uno de tantos. Se humilló haciéndose hasta la muerte y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó y le concedió un Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que ante este Nombre doble la rodilla el cielo, la tierra y los abismos, y toda lengua proclame: Jesús es “el Señor” para la gloria del Padre” (Fil 2, 5-11).

TOMAMOS ALGUNAS NOTAS

Somos seguidores de Cristo y, en lo posible, sus imitadores. Seguir a Alguien supone asumir su mismo Destino.

El Hijo de Dios encarnó haciéndose uno de tantos; Jesús de Nazaret llevó una Vida oculta en su aldea durante treinta años; nunca se “lució” públicamente.

No se perteneció; ya que fue “consagrado” de por vida (votos perpetuos) por la fuerza del espíritu para la gloria del Padre. Y Él supo responder cabalmente: “Aquí estoy para hacer tu Voluntad”.

Obró siempre “trinitariamente”. Es su modo de ser y no tiene otro. Él es Hijo y sólo Hijo desde toda la eternidad. Hecho hombre, sigue siendo lo que es: Obediencia filial al Padre y a su Plan de salvación. En la Familia Divina es Don total de sí al Padre y al Espíritu Santo, y Acogida plena de ellos dos en unidad de amor, libertad y gratitud. Por eso, en la tierra aparece siempre como Don de sí para los otros: “el Hombre – para – Dios y el Hombre – para – los hombres”. Vive y se desvive por este único Ideal noble y elevado: la glorificación del Padre y la redención de los hombres, “cautivos” en mil formas: “Yo te he glorificado dando a conocer tu Nombre y llevando a cabo la Obra que me encomendaste” (Jn 17).

El evangelista Juan abunda en el verbo “conocer”. Le da el sentido pragnante de “vivencia”,

“experiencia íntima”, percepción vital más que captación intelectual fría: “A Dios nadie lo ha visto nunca; pero el Hijo único, que comparte la intimidad con el Padre, nos lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18). Por eso es que “nadie conoce al padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11). “Os llamo amigos porque todo lo que he visto y oído del Padre os lo he comunicado” (Jn 15, 16). Para Juan Dios no es una Idea que hay que entender, sino un Amor que hay que vivir: “Dios es Amor, el que no ama no conoce a Dios” (1 Jn 4, 8). Conocer en la Biblia también significa “hacer el amor: “Adán conoció a su mujer Eva y concibió un hijo” (Gen 4, 1).

Jesús en san Juan siempre habla de Vida: “La Palabra eterna es Vida y esa es luz para los hombres” (Jn 1, 4); el Buen Pastor trae Vida en abundancia a sus ovejas; yo les doy la Vida Eterna, porque el Padre y yo somos una misma cosa” (Jn 10, 10-20).

Ahora entendemos mejor por qué el PVLTL prefiere hablar de forma reiterativa y redundante de Vida del laicado trinitario: Vida en fraternidad, Vida apostólica, Vida espiritual (c. I). Y sobre todo de “vivencia o experiencia de Dios Trinidad-Redentora” como fuente, Modelo y Fin de nuestra vida al servicio de la liberación y de la redención (4).

“De esta experiencia de Vida Trinitaria-Redentora, vivida según la propia índole secular, fluye nuestra vida fraterna, espiritual y apostólica en el mundo”.

Y gusta de la Comunión con las Tres Divinas entablando relaciones personales con cada uno de ellas:

“La vida espiritual de los laicos trinitarios se nutre de la comunión con las Tres Divinas Personas. Esta comunión da sentido a toda nuestra vida y a nuestro compromiso en el mundo” (n. 15).

Y es que, siguiendo al Fundador, el PVLTL se acerca al misterio de la santísima Trinidad por la vía cálida del corazón más que por la mente fría de la especulación. Lo indicaba el Kempis: “la cuestión no es saber muchas cosas sobre la Trinidad sino vivir la Trinidad”. O las Constituciones de los Frailes: “Los hermanos, en el ordenamiento de su vida, tanto individual como comunitaria, tienen el derecho y el deber de “experimentar” la Trinidad y la Redención para después expresarla a los demás” (Cont 3).

Por otra parte, tomamos buena nota del texto arriba citado: se glorifica a la Trinidad redimiendo cautivos, y se redime cautivos glorificando a la Trinidad. Las dos caras del mismo Medallón que Juan de Mata mandara grabar en el Frantís del Hospital de santo Tomás in Formis en 1210: el Redentor en actitud contemplativa hacia el Padre y en plena actividad redentora de los cautivos blanco y moro. La inscripción: “Orden de la Santa Trinidad y de los Cautivos” fue traducida muy pronto por la santa Tradición:

Gloria a Ti, Trinidad,

Y al Cautivo libertad.

La doble faceta del Mandamiento principal: “amar a Dios con todo y al prójimo como a sí mismo”, es inseparable. Tampoco debemos mutilar partidariamente la tan lograda frase de Ireneo: “La gloria de Dios es que el hombre viva, y la gloria del hombre contemplar a Dios en la visión beatífica”, consumadamente en la patria celestial, pero incoativamente ya en esta vida terrenal.

“Contemplativo en la acción y activo en la contemplación”, es todo programa de vida para el laico trinitario. Recordamos que las baterías se recargan también sobre la marcha. Pero eso: “también”, y siempre que se trate de “acción apostólica” impregnando de sentido evangélico las realidades temporales: **“El trabajo ofrendido a Dios es también oración – recalca el PVLTL -, medio de santificación personal e instrumento de redención del hombre”** (n. 17). Ver 15.

APLICACIONES: TOMA DE CONCIENCIA

Por el bautismo yo soy un “consagrado” al Padre en el Hijo por el Espíritu Santo (sentido original de la fórmula bautismal). Soy “divinizado” en Cristo: Dios se acerca, se hace hombre y el hombre

se hace Dios.

En cuanto “consagrado” he sido separado del uso vulgar (profano) para ser destinado de por vida al servicio de Dios (sagrado): “Dejad vuestra anterior manera de vivir, el hombre viejo” (Ef 4).

Ya no me pertenezco, he sido comprado con la Sangre del Cordero Inocente, ya soy de mi Señor. Con María: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Con el Salmista: “Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores, así están nuestros ojos en el Señor, esperando su misericordia”. Actitud de siervo de amor. Se espera compasión y misericordia: “no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas” (Nada más difícil que perdonar. Dice la liturgia que “Dios manifiesta su poder perdonando”, y como lo perdona todo, demuestra ser Todopoderoso). Por eso, nuestra actitud ante el Dueño es distinta a la de los esclavos: “ya que no hemos recibido un espíritu de esclavos para volver al temor, sino un espíritu de hijos para llamar a Dios: Abba, Padre; o sea, que ya no eres un esclavo sino hijo, y por eso recibirás la herencia por su gracia” (Gal 4, 6-7; Rom 8, 15-17).

Soy esclavo por amor: “Cristo nos liberó para que fuéramos libres. Vuestra vocación es a la libertad; no hablo de libertinaje que encubre los deseos del instinto. Os digo: haceos esclavos unos de otros por amor. Pues la Ley entera se contiene en esta sola frase: “ama a tu prójimo como a ti mismo” (Gal 5, 1, 13).

Está claro que no se puede amar por obediencia, pero también es cierto que se puede obedecer por amor, como Cristo Jesús que “se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz, voluntariamente aceptada, aunque aprendiera, por el sufrimiento, lo que esto cuesta” (Heb 5, 8).

La “Esclavitud de María” de san Simón de Rojas, o la “Esclavonía del Santísimo Sacramento” de San Juan Bautista de la Concepción no eran sino esa “esclavitud por amor” en la libertad de los hijos de Dios. Una esclavitud por amor es la máxima libertad; ya que “si el amor es lo que más dulcemente ata, es también lo que más realmente libera”. Amar es servir y servir es reinar. Referencia: amor de padres. Esposos, amigos.

Soy llamado a ser santo: “Los seguidores de Cristo, por el Bautismo han sido hechos verdaderos hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina y, por lo mismo, realmente santos (la santidad esencial que proviene gratuitamente del sólo Santo); en consecuencia, es necesario que con la ayuda de la gracia, conserven y perfeccionen en su vida esa santificación que recibieron por voluntad gratuita de Dios y no por sus méritos (santidad moral o de esfuerzo, ascética). Pablo exhorta a vivir “como conviene a los santos: con entrañas de misericordia, humildad, modestia, paciencia; y a producir los frutos del Espíritu: amor, alegría, paz, comprensión hacia los demás y dominio de sí mismo” (LG 40).

“Todos los bautizados, de cualquier estado de vida o condición social, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad; y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena... Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones profesionales, todos los que, conducidos por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar según los dones y funciones que le son propios” (LG 39, 40, 41).

Yo vivo en Cristo: soy un miembro de su Cuerpo. En Él soy llamado a ser “sacrificio agradable al Padre” (Rom 12, 1), para poder “suplir en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo a favor de su Cuerpo que es la Iglesia” (Col 1, 24).

Como Sor Isabel de la Trinidad soy “alabanza de gloria” (laus gloriae). Como Juan de Mata: “todo de la Trinidad y de los cautivos”. Como Simón de Rojas: “Todo de María y de los pobres”.

Soy el “hombre nuevo”, renacido en Cristo y revestido de Él (Ef 4), una vez anegado el “hombre viejo” en las aguas bautismales (Rom 6). Y “a vino nuevo, odres nuevos”. Es lo que queremos expresar con “novedad de vida” o “novedad cristiana” por la cual somos hijos de Dios en el Hijo,

un solo Cuerpo en Cristo y templos vivos del Espíritu Santo (Ch. Fid. L. 10-14).

“¿No sabéis que vuestro cuerpo – vuestro ser entero – es templo del Espíritu Santo que habita en vosotros? Ya no os pertenecéis porque habéis sido comprados a un alto precio. Entonces, “que vuestras personas sean para la gloria de Dios” (1 Cor 6, 19-20).

La Trinidad inhabita en mí: “Si alguno me ama, mi Padre le amará y yo también le amaré y vendremos a él y estableceremos en él nuestra morada” (Jn 14, 18-24). La hoy Beata Sor Isabel de la Trinidad exclamaba: “He encontrado el cielo en la tierra, porque el cielo es Dios y Dios está dentro de mí. El día que caí en la cuenta de semejante maravilla, dió un vuelco total mi existencia”. No es para menos.

Por eso y por mucho más, **“como laicos, en nuestra propia peculia índole secular, nos proponemos, cada vez más conscientemente, vivir la “novedad cristiana”, por la cual somos hijos en el Hijo, un solo Cuerpo en Cristo y templos vivos del Espíritu Santo. Y nos comprometemos a testimoniar el espíritu del evangelio según el carisma trinitario en la Iglesia y en el mundo”** (n. 3)

RECAPITULACIÓN Y REFLEXIÓN

1. Somos cristianos laicos

“Todos los bautizados participamos de la misma dignidad, formando juntos el Pueblo de Dios, convocado en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; estamos llamados a la santidad y a la Libertad de los hijos de Dios” (n. 1).

“Como fieles cristianos laicos, en nuestra propia y peculiar índole secular, nos proponemos, cada vez más conscientemente, vivir la “novedad cristiana”, por la cual somos hijos en el Hijo, un solo cuerpo en Cristo y templos vivos del espíritu Santo” (n. 3 a).

“Guiados por el Espíritu, tratamos de armonizar los valores del Reino y los del mundo para llegar a la “unidad entre fe y vida”; descubrimos que no es posible vivir la santidad cristiana sin un compromiso de solidaridad con los pobres y los marginados.

El encuentro con Cristo que sufre en ellos nos hace participar de la Redención, y en la medida en que contribuimos a la liberación integral del hombre (completamos lo que falta a la Pasión de Cristo a favor de su Cuerpo que es la Iglesia)” (n. 5).

“Como todos los fieles laicos, incorporados a Cristo por el Bautismo, participamos en su función sacerdotal, profética y real, (y nos consagramos de forma peculiar a la Santísima Trinidad” (Identidad).

2. Somos laicos trinitarios

“Guiados por la Regla de San Juan de Mata, asumida en el PVL, siguen a Cristo por los caminos del evangelio, según el Don recibido, tienen a la perfección de la caridad, y manifiestan en la Iglesia y en el mundo la dimensión secular del carisma trinitario.

Según el propio estado de vida, viven su vocación laical en fraternidad y en comunión con los demás miembros de la Familia Trinitaria, procurando con todas sus fuerzas la gloria de la Trinidad y la redención de los hermanos” (los hombres, cautivos en mil formas en cada etapa histórica) (Identidad).

“Nosotros los laicos trinitarios, consagrados, por nuestra peculiar vocación, a la Trinidad, queremos seguir a Cristo (principalmente en cuanto) Revelador del verdadero Nombre de Dios, Glorificador del Padre y Redentor del hombre” (n. 2).

“Nos comprometemos a testimoniar el espíritu del evangelio según el carisma trinitario en la Iglesia y en el mundo” (n. 3 b).

“La Trinidad-Redentora es la fuente, el modelo y el fin de nuestra vida al servicio de la redención,

en el ámbito cotidiano de nuestras relaciones humanas y de nuestras responsabilidades familiares, sociales y profesionales” (n. 4).

“De esta experiencia de vida Trinitaria-Redentora, vivida según la propia índole secular, fluye nuestra vida fraterna, espiritual y apostólica en el mundo” (n. 6).

3. ¿Se parece nuestra “consagración peculiar” a la de Jesús de Nazaret, el Hijo hecho hombre?
¿En qué sí y en qué no?

NOTA: A continuación, según el orden lógico del PVLT, vendría el Tema sobre “la Vocación laical en la Iglesia”. Mas para evitar la excesiva aglomeración de ideas y palabras, lo trasladamos al Apéndice I como Tema VI. Bueno será echarle un vistazo cuanto antes para rellenar algunos huecos.

Rema mar adentro, rema más y más

surcando los mares de la eternidad;

buscando la Casa de la Trinidad

Eres trinitario?

Sigue tu camino

dando gloria al Padre,

librando al cautivo.